

AGENTE.—Los seguros. (*Los otros agentes le colocan las esposas.*) Ya sé que a ti hay que cogerte la acción, ya, que no es el primero de nosotros a quien descalabras. Andando con él.

(*Mutis los agentes con el Pelusa.*)

PEL.—Ya vendré a pagarle, señor Marcos.

AGENTE.—Tarde será...

PEL.—O pronto.

AGENTE.—¡Vamos, vamos! Buenas noches.

(*Mutis.*)

ESCENA VII

DICHOS: MENOS EL PELUSA Y LOS AGENTES

PEDRO.—¿Qué ha hecho ese?

MAR.—Afanar...

PEDRO.—¿Se lo llevan por robar?

MAR.—Sí.

FED.—No...

PEDRO.—¿Cómo que no? ¿No se lo llevan por ladrón?

FED.—No...

PEDRO.—Pues, ¿por qué?

FED.—Por torpe. Si hubiera sabido esconderse bien, no lo cogrían.

JUAN.—Eso claro.

FED.—Y si hubiera robado con habilidad bastante para que no sospecharan de él o sospecharan de otro, tampoco tendrían por qué prenderlo.

ANT.—Eso evidente.

FED.—Luego digo yo bien que de todas las razones para prenderlo es la última razón y la menor esa de haber robado...

PEDRO.—Ne le falta a usted fundamento, no...

FED.—¡Me sobral! En la vida no se pagan los delitos, sino las torpezas. El que roba bien, el que mata bien, el que calumnia bien y con arte, no tiene castigo jamás. Ahora, el que lo hace mal, el que deja rastro del crimen o del robo, el que injuria empleando palabras propias y no refiriéndose a palabras ajenas... ese sí... y ese lo merece, no por criminal ni por calumniador, sino por ser torpe y por ser poco artista en su trabajo...

MAR.—¿Es cuestión de maña y de finura el que sea delito o no?

FED.—El que lo sea, no; el que lo pague en este mundo, sí.

MAR.—A eso no hay que contestar.

FED.—Si me dieran un duro por cada hombre

que parece honrado... y no lo es... tendría millones.

PEDRO.—Vamos a ver si tiene usted juego, que es ahora lo que importa.

FED.—Vamos. Paso a grande.

PEDRO.—Paso a grande y a chica.

FED.—Vaya...

ANT.—Pares tengo.

PEDRO.—Pares.

ANT.—Paso.

PEDRO.—Paso.

ANT.—Tengo juego.

PEDRO.—Y yo.

FED.—Y yo.

ANT.—¡Envidio!

FED.—¡Seis!

ANT.—¡Docel!

FED.—¡Ordago!

ANT.—¡Quiero! ¡¡Maldita sea la...!! ¡Otra vez treinta y unal

PEDRO.—Todos no van a ser en falso para que os ríais...

ANT.—Es que parece que las escoge...

FED.—¿Ya insultas?

PEDRO.—Es una rabieta...

FED.—Si no me incomodo, no. ¿Qué menos

puede decir el que pierde que llamarle tahir al que gana? Y se explica bien. Estos duros que nos jugamos aquí... ¿qué serán en nuestras casas? ¿No importará nada el perderlos porque sobren... o importará tanto que allí sean lágrimas y privaciones y tal vez miserias?

PEDRO.—Cada uno lo sabe... y se lo pasa cada uno.

FED.—¡Mentira! Si al jugar tú y yo perdiéramos tú o yo nada más, poca importancia tendría después de todo... pero lo malo es que pierden también la madre y la mujer y los hijos del que pierde.

ANT.—Nadie le pide a usted sermones.

FED.—Son para decirte solamente que si te gano, como te voy ya ganando, tendrás tú razón para odiarme.

JUAN.—¡Se puede usted guardar la razón también!

PEDRO.—Y vamos al mus, que es de lo que se trata.

FED.—No... No quiero jugar. He jurado que no jugaría...

JUAN.—¿Ahora que gana?

FED.—No gano. Tomad lo vuestro...

JUAN.—¿Pero usted se ha figurado que aquí pedimos limosna, hombre?

FED.—¡Os lo suplico! Hice mal en tocar las cartas...

JUAN.—Usted lo que tiene es miedo a perder cuatro cuartos y a que luego le zurre la badana en casa la titiritera.

FED.—*(De un brinco coge a Juan por el cuello.)* Me dirás lo que tú quieras, jugaremos lo que tú quieras... pero que no vuelva a pasar por tu boca el nombre de esa mujer, porque te despedazo!

PEDRO.—*(Separándolos.)*—Si no ha dicho nada...

JUAN.—Se ha enfadado usted sin causa...

FED.—Es verdad, es verdad...

MAR.—*(Impávido, desde su sitio.)*—¡Haya paz!

ANT.—Una copita... y ya pasó todo.

(Les sirve.)

MAR.—¡Amparo! Anda tú también... ¡que eres más pava que una pava! Un año en Navidad te comen con nueces y almendras.

AMP.—¿Me desairan lo que yo sirva?

PEDRO.—Nunca.—*(Beben la que ahora sirve Amparo, menos Pedro, que, haciendo que bebe, tira disimuladamente el coñac.)*—El vino no es buen compañero de juego.

ANT.—¿Seguimos o qué?

PEDRO.—A sentarse.

JUAN.—Este era mi sitio.

FED.—Era el mío.

JUAN.—No, hombre. A no ser que cambiemos...

FED.—*(Yendo a sentarse a su sitio.)*—Igual da...

JUAN.—*(Aparte a Antonio.)* Este ya no ve los sitios... ¡Atención a los envites!

PEDRO.—Quédate a mi lado. Si gano yo, ganas tú.

AMP.—Le voy a traer la suerte.

PEDRO.—Para los dos vendrá, Amparito. Te digo muy de veras que cada día te pones más guapa.

AMP.—¡Qué exagerado!

PEDRO.—Bueno, cada dos días..., como el del chascarrillo.

AMP.—Atienda al juego.

PEDRO.—No lo descuido, no. Mus.

ANT.—No hay mus. Paso.

JUAN.—Paso. Habla a chica.

PEDRO.—Paso. Pares tengo.

ANT.—Y yo.

FED.—*(Después de mirar mucho las cartas.)*—Y yo.

ANT.—A cinco.

CAPITULO ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. E.

PEDRO.—Voy. A diez.

ANT.—Doblo.

FED.—¡¡Ordagoll

ANT.—¡Quierol Medias de reyes.

FED.—Duples de sotas.

ANT.—¡Sotas habían de ser!

JUAN.—¿Para qué aceptas, burro?

PEDRO.—A pagar y a otro, que se pierde el tiempo.

AMP.—¿Hago buen mirón?

PEDRO.—Mirona, pero superior... Vamos, superiora.

ESCENA VIII

DICHOS: JOSÉ

JOSÉ.—Cuando quieras, tú.

FED.—Ahora voy.

ANT.—¿Es que no vamos a terminar al partida?

JUAN.—Dígalo usted de una vez, que esto ya parece cosa de chicos.

FED.—La terminaremos. Mi palabra es palabra. ¡Mal hice, en mala hora me puse a jugar, y el demonio ha debido sentarse a mi lado y en mi silla!... ¡Pero no importa: mi palabra es palabra!

JOSÉ.—El caso es que aguardan las mujeres...

JUAN.—Que aguarden.

FED.—Diles que iré un poquito después.

JOSÉ.—Tú verás... pero cuenta con que les va a sentar como un tiro, que esto no es formalidad de persona...

FED.—He prometido a éstos...

JOSÉ.—Si echas la palabra por delante, recuérdate que tenemos la tuya de no jugar ni beber más en tu vida.

FED.—Cinco años van y no podréis acusarme...

JOSÉ.—De nada, es verdad, pero si ahora vuelves con las mismas ¡adiós los cinco años y adiós todol

JUAN.—¿Es usted su niñera?

JOSÉ.—(Amenazando.)—¡¡Oiga usted...!!

FED.—No hay que oír cosa ninguna. Da el recado a las mujeres y nosotros a lo nuestro.

JOSÉ.—Bien... Daré el recado... y ya veremos la respuesta.

(Mutis.)

PEDRO.—Es una vergüenza que se deje usted sobrar así, hombre!

FED.—Basta. Paso a grande.

JUAN.—Eso se hace con los muñecos solamente.

FED.—¡¡Basta! Paso a grande.
 ANT.—Paso.
 PEDRO.—Vaya. Y paso a chica.
 JUAN.—¿Cuatro?
 PEDRO.—No.
 JUAN.—Una de que no. Pares no. ¿Juego?
 FED.—Juego sí.
 ANT.—Y yo.
 FED.—¡Ordago!
 JUAN.—No quieras.
 FED.—Una de que no. Cuarenta.
 ANT.—¡Treinta y unal ¡¡Le ganabal!
 JUAN.—Pero es mano, Antonio.
 ANT.—Te achicas tú demasiado, Juan, y a éste hay que ganarle por la boca.
 FED.—Para otra vez...

ESCENA IX

DICHOS, menos JOSÉ: DOLORES

DOL.—Buenas noches. ¿Tardarás mucho?
 FED.—(*Levantándose pesadamente.*)—Un poco...
 DOL.—Entonces espero.
 FED.—Mejor es que te vayas y ya os alcanzaré.
 DOL.—No.

FED.—Estoy comprometido aquí un rato...
 DOL.—¿Y a mí no me hiciste el juramento de no volver a tocar los naipes? ¡Ven conmigo, ven!
 FED.—No puedo ahora... y sobre todo no voy a consentir que se figure nadie que a mí me zarranean igual que a un monigote. No. Yo voy a donde quiero y hago lo que me da la gana.
 DOL.—Fico... Fico de mi alma... ¿has bebido?
 FED.—¿Y qué?
 DOL.—(*Acongojándose.*)—Nada, nada... Ven, anda. ¡Mira, hemos comprado unas ensaimadas...! ¡más doraditas y más tiernas!
 FED.—Muy bien, sí... Luego voy.
 DOL.—Y la madre ha comprado un cachito de hielo para refrescar el agua...
 FED.—Hielo, sí. ¡Lo comería a puñados! Tengo una sed loca... ¡es el calor de hoy!
 DOL.—El calor, sí. Anda Fico, anda.
 FED.—Luego. No seas terca.
 DOL.—Que dispensen...
 FED.—No. ¿Tú no querrás que me desprecien?
 DOL.—¿Qué te importan a tí esos?
 FED.—No es por ellos, es por mi palabra, y yo no lo consiento a nadie, ni a tí, que ponga en duda la palabra de Federico Valmoreda, conde de...

DOL.—(*Tapándole la boca rápidamente.*)—
¡Callal

FED.—(*Desasiéndose brusco.*)—¿Por qué voy a callarme? Lo que yo digo ¿no vale tanto como lo que pueda decir cualquier otro?

DOL.—Lo mismo, sí, lo mismo, y más, mucho más... pero aunque vuelvas después... acompaña-me ahora, ¡que me encuentre mal!

FED.—(*Cariñoso.*)—¿Qué tienes?

DOL.—(*Llevándose.*)—No sé, Fiquiño... No quise decirte nada para no asustarte... pero llevo dos días muy medianucha.

FED.—¿Destemplada?

DOL.—Un poco. Mira...—(*Poniendo su mano entre las de él.*)—¿Verdad?

FED.—¡Ayl sí...—(*Abrazándola.*)—¿Qué tienes, Lolilla? Hay que llamar al médico inmediatamente.

PEDRO.—(*Riendo.*)—Ya lo convencieron...

ANT.—Ella que se lo quiere llevar y él que busca pretexto para marcharse...

FED.—(*Desprendiéndose airado.*)—¡Mentiral—(*A Dolores.*)—Que te acompañen los padres, que avisen al médico, y yo iré en seguida... ¡pero ahora no voy!

PEDRO.—Como que es un embuste lo que le está a usted diciendo.

FED.—¡Tú eres el embusterol!

PEDRO.—¿Para qué enfermedad compraron las ensaimadas y los heladitos...?

FED.—(*Que avanzaba para armar pelea, deteniéndose confuso.*)—Vete, Dolores...

DOL.—(*Cogiéndolo.*)—Ven tú, Fico...

FED.—(*Haciéndola soltar airadamente.*)—
¡Que te marches, digol!

DOL.—(*Intentando cogerlo.*)—No...

FED.—(*Empujándola.*)—¿Cómo que no?

DOL.—(*Cayendo al suelo.*)—¡¡Ayl!

(*Marcos corre a sujetar a Federico, y Amparo ayuda a levantarse a Dolores.*)

MAR.—¡No la pegue usted...!

AMP.—¿Se hizo daño?

DOL.—No lo sé ni me importa... ¡y ojalá me hubiera matado!

MAR.—Por un empujón no se muere nadie ni le pasa nada grave...

DOL.—A usted no le pasa... ¡pero a mí sí! Con el golpe, que ni señal puede que me deje en la carne, ha matado muchas cosas y aún han de morirse dentro del alma muchas más.

MAR.—Exageraciones...

FED.—Andando para casa, Lola...

LOLA.—(*Suplicando*).—Fico...

FED.—¡Andando, Lolal

AMP.—No le desafie ahora, que delante de gente no se hizo nunca nada bueno de los hombres...

DOL.—¡Pero yo no lo puedo dejar aquí!

FED.—¡¡Andando, Lolal!

MAR.—¡Váyase, váyase!

DOL.—¡No, no...!

MAR.—Será peor... Ahora no consigue usted más que irritarle...

(*Entre Amparo y Marcos se la van llevando, hasta que hace mutis*).

DOL.—¡No, por Dios, no! ¡Que le va a pasar una desgracia muy grande...!

MAR.—Ya le atenderemos...

DOL.—¡Déjeme, por caridad!

MAR.—Que es peor... que es peor... Váyase y vuelva.

AMP.—Eso puede que valga más.

DOL.—¡¡¡Ay madre mía, madre mía!!!

(*Mutis con Amparo, que vuelve al poco rato. Marcos un momento en la puerta viéndola marchar*).

PEDRO.—¡Así se portan los hombres...! Pero, la verdad, parecía que no era usted capaz de nada.

FED.—¿Y tú qué sabes de lo que yo soy capaz? Habías de estar mirándome, toda la vida, toda, y ni siquiera acertabas a saber quién soy yo.

PEDRO.—Un titiritero.

FED.—(*Riéndose estúpidamente*).—No...

JUAN.—¿Un sportman del Circo?

FED.—No.

ANT.—¿Un emperador disfrazado?

FED.—No. Toda la vida mirándome, toda, y no acertábais.

PEDRO. Se puede ser tantas cosas...

FED.—Bueno. Pues ninguna de ellas.

PEDRO.—Alguna será.

FED.—Ninguna. Porque tú hablas de las cosas de la vida, y yo no estoy vivo.

PEDRO.—¿No?

FED.—No. Yo estoy muerto.

PEDRO.—¿Vamos a partir la diferencia y lo dejamos en borracho?

FED.—¿Por una botella de coñac? ¡Vas a ver!

(*Coge torpemente la botella y bebe por ella. Los demás se rien, hasta que Marcos, asustado, se la quita*).

MAR.—¡¡¡Basta, basta!!!

FED.—¿Lo ves? ¡Venga otra botella! ¡Y a jugar!

MAR.—Siéntese un momento.—(Lo lleva.)

FED.—Estos diez ¡duros o veinte que podamos atravesar hoy, para mí no son nada..., ¡nada!, menos que un céntimo. Si yo quisiera, sólo con querer, con abrir la boca nada más, tendría los miles en mi casa.

PEDRO.—Pues yo que usted me pasaba todo el día con la boca abierta.

FED.—Yo, no..., porque sería una mala acción el perturbar la paz de una familia honrada.

MAR.—¿Qué familia? ¿La suya?

FED.—(Riéndose).—¿La mía? ¡No! La de ella.

PEDRO.—¿Quién es ella?

FED.—Enriqueta.

MAR.—¿Quién es Enriqueta?

FED.—¡¡Mi mujer, hombre! Pero se ha casado después de mi muerte, dos años después, y vive muy dichosa. Bueno, que viva.

PEDRO.—¿Cuándo ha soñado usted eso?...

MAR.—(Haciendo seña a Pedro de que se calle).—¿Su mujer de usted se ha casado con otro?

FED.—¿Por qué no?

MAR.—Viviendo usted...

FED.—¡Pero como yo estoy muerto!... A ver: ¿por qué no?

PEDRO.—¿Y muy rico el otro?

FED.—¿Quién?

PEDRO.—¿El otro... el marido nuevo?

FED.—¡Millones!... Figúrate si yo les dijera: aquí estoy... ¿eh? ¡A tapar esta boca para que no hable!, ¿eh? Los miles... y los miles... y los miles... ¡Pero no quiero!

JUAN.—Bien se reirán de usted...

FED.—Que se rían...

PEDRO.—Suponiendo que todo eso no sea un cuento chino...

FED.—¿Y qué le importa a nadie lo que sea?

MAR.—Claro. Hace usted muy bien... y seguramente se lo agradecerán mucho Enriqueta... y el otro. ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

FED.—Daniel.

MAR.—Antes dijo usted el apellido.

FED.—Palacios.

MAR.—Eso. Palacios.

FED.—Un hombre de bien... un caballero... aburrido... fastidioso... pero caballero, caballero...

ESCENA XIII

DICHOS: AGENTE

AGENTE.—Ya queda bien encarrilado aquel prójimo...

(*Marcos le hace seña de que calle y se acerque.*)

PEDRO.—Pues siendo tan decente no debía consentir que usted pasara privaciones.

FED.—¿Y cómo ha de evitarlo?...

MAR.—¿Lo creen muerto?

FED.—Todos. La familia, los amigos... ¡todos!, y la Justicia también, que están en regla los papeles y me enterraron con todas las legalidades.

PEDRO.—¿Aquí?

FED.—Allá...

MAR.—Allá... ¿dónde?

FED.—En Barcelona... Del mar salí horrible, hinchado, comido de los peces...

PEDRO.—¡Pero no era usted!...

PED.—Otro... un infeliz cualquiera... Paso a grande... Juego sí... ¡Ordago!

MAR.—(*Tocándole para espabilarle.*)—Uno cualquiera. sí.

FED.—¿Cualquiera qué?

MAR.—El que sacaron del mar...

FED.—Pero como me buscaban a mí por la carta de suicidio... y como me reconocieron...

MAR.—¿Quiénes le reconocieron?

FED.—Dos amigos... y mi mujer también. La llevaron al Depósito para que declarara si era yo... y naturalmente se desmayó... y luego dijo que sí a todo...

PEDRO.—Es mucho confundir...

FED.—No. Muy fácil. También yo fui a verme al Depósito Judicial... y aquella masa informe... sin ojos... sin facciones... hedionda ya y descompuesta... podía ser cualquiera... ¡y fui yo!

MAR.—De buena escapó usted...

FED.—¡De buena! La muerte me hizo amar a la vida... ¡amarla tanto que solamente de respirar, de moverme, de sentir que vivía, he disfrutado más que de ninguno de los placeres de este mundo!

AMP.—¿Y cómo no volvió usted a su casa?

FED.—Esa es cuenta mía.

AGENTE.—Y de la Justicia.

FED.—Déjela quieta, que la Justicia es sorda y ciega... y cuando ve o cuando oye algo echa a perder las pocas cosas buenas que se hacen.

AGENTE.—Al señor juez le explicará usted lo demás. Haga el favor de acompañarme.

FED.—Deje quieto al juez... ¡bebamos!

AGENTE.—No. ¡Vengal

ESCENA XI

DICHOS: DOLORES

FED.—¡Pues vamos!

(Se levanta y cae de bruces sobre la mesa).

DOL.—¡Ay, Federicol

AMP.—*(Que se le acercó).*—Lo llevan preso...

DOL.—¿Por qué?

FED.—*(Que le ayudaron a levantar, tambaleándose).*—¿Quién dice que yo soy un mal hombre?

AGENTE.—Nadie.

FED.—¿El juez?

AGENTE.—Nadie. Venga.

FED.—¡Quiero yo ver quién tiene derecho para decirle nada a un hombre que se ha muerto y que no le da la gana de vivir!

DOL.—¡¡Ficol! ¡¡Calla, Ficol!

FED.—¡Ya oigo... Paso...

AGENTE.—Vamos... o lo lleve codo con codo.

FED.—*(Revolviéndose, pero tambaleando).*—
¡¡A mill! ¿Al conde de Valmoreda?

DOL.—¡¡Ficol!

AGENTE.—*(Llevándolo).*—¡¡Vamos!

FED.—Yo no voy con usted... ¿Cómo es que no viene a buscarme Lolilla? ¿Aún no se acabó la función?

DOL.—Soy yo, tu Dolores... Fico, soy yo...

FED.—¡¡Tú eres Enriqueta...!! ¡¡¡Dónde está Lolilla!! ¡¡Mi Lolilla!

AGENTE.—Vamos...

FED.—¡Vamos...! ¡Ordago! Orda...

(Se lo llevan).

DOL.—¡¡Fico..., Fico..., Fico de mi alma!

TELON

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
México, 1966 MONTERREY, MEXICO